EL PÁJARO FANTASMA (Leyenda de Arcos)

A principios del siglo XI habitaba el Alcázar de Arcos, también conocido por el "Castillo de las Águilas", el walí Ibn-Khazrun.

En la lucha de Soleimán Al Mustain, biznieto de Abderramán III, contra Hisen II, nuestro walí tomó partido por el primero, proclamándose Hachib de Soleimán en el reino Taifa de Arcos, en el año 1011. Su territorio comprendía casi toda la cuenca media del Guadalete, figurando, entre otras, las poblaciones de Bornos, Espera, Jerez, Medina Sidonia, El Puerto de Santa María y el mismo Cádiz.

A su muerte, en el 1029, le sucedió su hermano, y posteriormente su hijo, Qain ben Muhamed ben Khazrun ben Falful el Magrewi.

Ell que por entonces era el rey de Sevilla, Almotadhir ebn Mohamed, tenía fama de ser un hombre vengativo, cruel y sanguinario. Se decía que conservaba en una caja las cabezas alcanforadas de los príncipes que había derrotado –entre ellos el de Carmona- y que las contemplaba a diario, guardándolas como rico trofeo.

Se cuenta que un día decidió efectuar una visita a los reinos taifas de Morón, Ibn Nuh; de Arcos, Qain ben Muhamed ben Khazrun, y de Ronda, Ibn Abi Corra. Viajó solo, con dos vasallos de su confianza.

En los dos primeros Taifas se le acogió con clamor de Gran Señor, acompañándolos hasta Ronda, donde se sirvió una rica cena, en la que no ffaltó el vino y tras la cual, Almotadhir, se pidió un diván para descansar un poco y dormir un rato.

Al cabo de media hora, cuando todos lo creían dormido, un soldado berberisco rogó a los otros que lo escucharan y dijo así, en voz baja:

- Deberíamos aprovechar que tenemos aquí durmiendo e indefenso a Almotadhir, que es el mismísimo Satanás, para acuchillarlo y así, cuando haya dejado de existir, nadie podrá discutirnos la posesión d estas tierras.

Todos, en silencio, se miraron y, por un momento, pasó por sus cabezas la idea de terminar de una vez con la ferocidad amenazante del sevillano. Solo el más leal servidor de Almotadhir se indignó y dijo con voz baja pero enérgica:

- ¡Por Alá, no le hagamos daño alguno! Este hombre, al venir aquí ha contado con vuestra lealtad, no nos cree capaces de traicionarlo y, con nuestro honor, deberíamos responder a su confianza. ¿Qué dirían nuestros hermanos de otras tribus si supieran que hemos violado los sagrados deberes de la hospitalidad que nos enseña el Corán, asesinándolo?

Los berberiscos se conmovieron con estas palabras y desistieron del intento. Los reyes Taifas de Morón, Ronda y Arcos no se atrevieron a pronunciar palabra.

Almotadhir ya se había despertado, pero fingió seguir dormido y se enteró de toda la conversación. Entonces, simuló despertarse y volvió a la mesa, hablando así:

Amigos míos, tengo que volver inmediatamente a Sevilla, pero quería agradeceros vuestra hospitalidad con algunos regalos que me gustaría enviaros. Por ello, quisiera que me dictéis vuestros nombres y el regalo que más os apetecería.

Parecía existir una cordial amistad entre Almotadhir y los reyes de Ronda, Morón y Arcos, cuando en el año 1053 fueron invitados a una gran recepción en el Alcázar de Sevilla.

Se preparó el rey taifa de Arcos para el viaje, cargando sus mulas con regalos para su anfitrión y dio indicaciones a sus sirvientes sobre las cuestiones que debían atender durante su ausencia. Con lágrimas en los ojos se despidió de su amada, la bellísima Nanafassy, cuyo nombre significaba "violeta".

Dejó Ibn Khazrun encerrada en la más alta bóveda de la Torre del Homenaje del castillo de Arcos, con provisiones para que no le faltara de nada durante su ausencia, y agradables perfumes que hicieran más agradable la espera. Él mismo cerró con seguras llaves la puerta y nada dijo a nadie del escondite de Nanafassy.

El sol culminaba la mitad de su carrera, inundando con su oro el celeste de Arcos, cuando la voz del almuédano, desde el alminar de la mezquita, sesgaba el silencio:

- ¡Alá es grande! ¡Bendecid a Alá! ¡Orad, bereberes, para que la mano de Alá guíe por senderos de paz a nuestro señor!

Blancos caballos árabes con correaje dorado, montados por soldados berberiscos que partían el horizonte con sus lanzas abanderadas, se dirigían a Sevilla. Abría paso la bandera fatimita de los Khazrun, el verde esmeralda del paño iluminado con el feroz dragón dorado, símbolo de su estirpe. El tropel de caballos y el caminar de las mulas, levantaban una densa nube de polvo que se iba perdiendo lentamente por el camino de Espera. Las viejas puertas de Jerez –más tarde llamadas de Belén- se cerraron para defender a un Arcos vacío de su realeza y en el que faltaban los más bravos soldados, los cuales acompañaban a su rey en el viaje.

Y así, llegaron a Sevilla los tres reyes taifas, de Ronda, Morón y Arcos. Desmontaron los jinetes y el rey sevillano, recordando la lista que había obtenido al entregar los regalos, fue dando paso a cada uno de los visitantes y les hizo pasar a los baños turcos. Solo entretuvo fuera el rey Almotadhir a al joven Mohadh y se entretuvo a hablar con él.

El calor y el cansancio hizo que unos sesenta berberiscos se entregaran confiadamente al baño. Entraron en la primera sala, donde se desnudaron y pasaron a la segunda, que era el verdadero baño. Estaba totalmente recubierta de mármol y rematada por una cúpula llena de agujeros estrellados cubiertos por vivos colores. Se veían en la estancia tinas de mármol y tubos colocados en el espesor de los muros que partían de una caldera y mantenían un alto grado de calor.

Estaban tan a gusto en el agua, que no dieron importancia alguna a unos ruidos en el exterior, que parecían obra de albañiles. Pero al rato, no pudiendo soportar el calor asfixiante que inundaba la sala, trataron de abrir la puerta y, cuál no sería su sorpresa, al comprobar que estaba tapiada. También los respiraderos habían sido cegados. Todos murieron de asfixia en el baño; todos menos Mohadh, que había quedado fuera con Almotadhir.

Al rato, el joven se atrevió a preguntar al sevillano:

- ¿Por qué tardan tanto?
- Tú no tienes nada que temer – contestó Almotadhir-. Tus parientes y tus amigos merecían la muerte por haber tenido la tentación de asesinarme. Debes saber que yo no dormía cuando hicieron la propuesta, pero también oí las nobles palabras que pronunciaste tú y no olvidaré nunca que te debo la vida. Ahora puedes elegir: si

quieres quedarte aquí, compartiré contigo todas mis riquezas, pero si prefieres volver a Ronda, yo te haré volver cargado de regalos.

Mohadh se quedó en Sevilla y Almotadhir le habilitó un palacio, le regaló mil monedas de oro y le asignó un sueldo anual de doce mil dinares.

Las cabezas de los reyes berberiscos fueron depositadas en la siniestra caja y las de los oficiales ocuparon el jardín del rey sevillano, sirviendo para sembrar flores en deleite del sanguinario monarca.

Mientras tanto, inútilmente esperaba Nanafassy el regreso de su amante a Arcos. La tristeza y la desesperación se apoderaron de ella y un ataque de rabia y de locura la indignó cuando oyó el grito lastimero del almuédano:

- ¡Alá es grande! ¡Defendeos, bereberes, porque las tropas de Almotadhir invaden ya nuestras tierras! ¡Ya se divisa la sombra de la muerte y la destrucción! ¡Bendecid a Alá en vuestra última hora!

Efectivamente, las tropas de Sevilla incendiaban y asolaban los campos de Morón, Ronda y Arcos. Y fue en ese momento en que Nanafassy se dio cuenta de que Almotadhir la secuestraría para llevarla con él. Su pensamiento se enredó y su corazón solo latía para recordar a su amado. Lo comprendió todo desde su encierro, sin ver nada, y su amor y su pasión se mezclaron en un salto audaz y suave en el vacío.

Un grito desgarrador, un alarido desesperado, se oyó en el abismo con el cuerpo de Nanafassy. Con su amor terminó su vida y en su recuerdo comenzaba el misterio.

Sus manos se abrieron ante la peña y sus brazos tomaron la forma de amplias y desplegadas alas negruzcas que la izaron en el azul.

Allá, a lo más lejos que alcanzaba la vista, la soldadesca de Almotadhir interrumpió su labor destructora para contemplar cómo, lentamente, metamorfoseándose en el cielo, la figura de Nanafassy tomaba la silueta de un gran pájaro impresionante y fantástico.

Se extendió entonces por Arcos la vieja leyenda de que, todos los viernes, cuando la luna riela en las aguas del Guadalete, el alma de la mora, en forma de un gran pájaro fantasma, revolotea majestuosamente, buscando su amor imposible, surcando el cielo sobre las viejas almenas del Alcázar de Arcos.

(Adaptación de la leyenda contenida en la obra de **Manuel Pérez Regordán: *Historias y leyendas de Arcos)***